

C I N E

El nuevo cine polaco

por
Ignacio
Purroy

Sin duda se habrán visto sorprendidos muchos de los asistentes a la I Muestra de Cine Polaco ofrecida por la Cinemateca Nacional al encontrarse ante un cine distinto. No tenía nada en común con el cine "comercial" occidental, pero tampoco con ese "realismo" comunista de décadas pasadas, triunfalista e ingenuo, al que estábamos acostumbrados. Al contrario, cada una de las obras presentadas era una pieza maestra de sobriedad, profundidad humana, belleza artística y perfección técnica.

No podía haber patrocinado la Embajada de la República Popular de Polonia, junto con Films Polski, nada mejor que esta muestra para ofrecer una imagen nueva y positiva de la Polonia de hoy y que derrumbase de paso ciertos "clichés" occidentales. El cine polaco era apenas conocido en nuestro país. De 1958 a 1971 las distribuidoras venezolanas compraron sólo trece películas polacas. Esta muestra, que será presentada posteriormente en Maracaibo, Mérida, Valencia, Maracay, Ciudad Guayana y Barcelona, servirá para llenar esta laguna.

Conviene hacer un poco de historia para comprender lo nuevo del cine polaco. Pocos cines habrán estado más ligados a los avatares, desventuras y éxitos del acontecer político de su país. Es en 1955 cuando Polonia comienza a recuperarse del trauma de la guerra y de la ocupación hitleriana. Hasta entonces los cineastas habían dirigido su atención hacia el pasado dramático del pueblo oprimido e insurgente. La industria cinematográfica sufría una tremenda penuria técnica y financiera. A partir de 1955, principalmente con "La Generación" (Enero 1955) de Andrzej Wajda, se inicia la corriente que posteriormente fue denominada por la crítica europea "escuela cinematográfica polaca". Sobresalen durante este período de 1955 a 1960 directores como Munk, Kawalerowicz y Wajda. La nueva temática se centra ahora en los problemas de la construcción del socialismo y en un ajuste de cuentas con el pasado. La guerra, con su destrucción física y moral había dejado profunda huella.

Hacia mitad de la pasada década aparece una nueva generación joven, que no ha participado ni en las glorias ni en el trauma de la guerra, más preocupada por el hombre socialista que por el socialismo triunfante. Entre ellos destacan Kutz, Polanski, Skolimowski, Zanussi... Se dá un auténtico corte generacional, no sólo por la nueva forma de hacer cine con una técnica y forma mucho más esmerada, sino también por la nueva problemática. El problema es ahora el hombre; el hombre establecido con mentalidad pequeño-burguesa

de funcionario, ("Barrera" de Skolimowski), el hombre hastiado, aterrorizado ante la vida y la muerte ("El Juego" de Kawalerowicz), el hombre asediado por su pasado de clase ("Vida Familiar" de Zanussi). Estos temas son tratados con una profundidad y agudeza poco acostumbradas.

No se trata de una simple vuelta al individualismo o al intimismo psicológico. La nueva generación sabe muy bien cuál es el "caballo de Troya" del socialismo. El enfoque aparentemente individualista tiene hondas raíces políticas. Sabe que el socialismo se esclerotiza indefectiblemente con un hombre "conforme" y retirado a su privacidad. Sabe que el socialismo "colectivista" encierra en sí, una vez establecido, el germen de su aniquilación: la apatía política de la masa y la carencia total de tensión revolucionaria, sobre todo en las generaciones que no mantienen ya el rescoldo de la revolución porque no la vivieron.

Por eso, así como "La Generación" inició la Escuela Polaca, "Barrera" de Jerzy Skolimowski (1966), que abre la I Muestra, marca los comienzos del nuevo cine polaco. Contenido y forma son fruto de elaboración esmerada, rozando a veces el extremo del preciosismo. Una nueva generación en crisis de ideales se debate entre el absurdo y el romanticismo. "El Juego" de Jerzy Kawalerowicz (1969) descolla por la profundidad existencial del tema: incapacidad de vivir y psicosis ante la muerte se resuelven en el juego hipócrita de un matrimonio fracasado. En "Vida Familiar" (1971) nos presenta Krzysztof Zanussi, con su realismo característico y libre de esquematismos, la tensión entre el hombre viejo burgés y el nuevo hombre socialista. "Sal de la tierra negra" de K. Kutz (1969), una epopeya de la insurrección silesiana de 1920, rompe la unidad de la muestra y, a nuestro parecer, no llega a la altura de las otras obras.

En total, siete largometrajes y diez cortometrajes nos ofrece Films Polski en este festival. El renombre de los directores, la calidad artística de las obras, y lo logrado de la interpretación hacen que nos encontremos ante una verdadera "muestra". Desde el punto de vista artístico hay que destacar en especial "Lokis" de J. Majewski (1970) y, en general, todos y cada uno de los cortos.

Podrá parecer esta reseña excesivamente laudatoria. Pero es innegable para quien la conozca y haya seguido sus pasos, que la cinematografía polaca se ha ganado con justicia un puesto de vanguardia en el cine internacional y que Polonia puede presentarla por eso con satisfacción.